

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 30 / Enero-Junio 2024

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



DIRECTORIO

Dra. Sandra Yesenia Pinzón Castro
Rectora

Dra. Blanca Elena Sanz Martín
Decana del Centro de las Artes y la Cultura

Dra. Adriana Álvarez Rivera
Jefa del Departamento de Letras

Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera
Director General de Difusión y Vinculación

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González
Jefe del Departamento Editorial

Dra. Sandra Reyes Carrillo
*Coordinadora de las Revistas para la
Licenciatura en Letras Hispánicas*



Imagen de portada:
Huitzilopochtli
Omar Sandoval (MrPulp)

PIROCROMO

Editora:
Xamira Martínez Márquez

Editor adjunto:
Saúl Abraham Morales Piña

Consejo editorial:
Daniela Alanis Hernández
Dalia López Palomo
Danna Paulette del Río Guillén
María Alejandra Mendoza González
Rebeca Valeria Rodríguez Bonilla
Ximena Rocha Pinot

Diseño gráfico:
L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Maquetación:
José Roberto Romo Delgado

Contacto
revistapirocromo@gmail.com
<https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>
Facebook: @pirocromo
TikTok: @revistapirocromo
Instagram: @revistapirocromo

Núm. 30 (2024): Guerra

PIROCROMO, número 30, enero-junio 2024, es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Aguascalientes a través del Departamento de Letras Hispánicas y el Centro de las Artes y la Cultura. Avenida Universidad No. 940, Edificio 214, piso 2, Ciudad Universitaria, C.P. 20100, Aguascalientes, Ags., México. Tel. (449)9107400, ext. 58205. <https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>, revistapirocromo@gmail.com. Editora responsable: Sandra Reyes Carrillo. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2022-042710220900-102; e-ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Xamira Martínez Márquez, Avenida Universidad No. 940, Ciudad Universitaria, C.P. 20100, Aguascalientes, Ags.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del comité encargado de la publicación.

ÍNDICE

Editorial

4

Dossier Guerra

> NARRATIVA

¿Quién canta primero?

Victor Parra Avellaneda

7

La pierna robada

Sara Beatriz Padilla Núñez (Sara Padilla)

12

Olor rojo

Verónica Hernández Núñez

18

En el campo de batalla

Ronnie Camacho Barrón

22

La guerra hace el amor

Argelia Beatriz Gutiérrez Navarro
(Perla)

29

Estaba esperando a papá

Az

35

Tregua navideña

Iván Medina Castro

37

Rebozos y armas

Alejandra Pérez Cruz (Nexcoyotl)

41

> POESÍA

Túpac Amaru II

Damián Andreñuk

11

Lamentos de caladios

Sayuri Díaz Olmos

16

No me hables de Troya

Andrea Azucena López Rico

26

Guerra mexicana

Marco Arturo Macías Reyes

34

Resonancia de la tragedia

Graciela Ivana Fragoso Gómez
(Ivana Fragoso)

40

Guerra

Aranza Mariana Hernández Flores

45

> HISTORIETA

Su guerra

Omar Sandoval (Mr. Pulp)

46

> COLABORACIONES GRÁFICAS

Pequeños héroes,
pequeños sobrevivientes

Alessa Piña García

6

Pugna interna

Bastían Jared Ramos Delgado

21

Oso

Anónimo

36



Pirocromito, @idrewyouinorange



EDITORIAL

Destrucción, sangre y muerte... son imágenes que llegan a nuestra mente cuando escuchamos nombrar la repudiable guerra, palabra breve pero cargada de sonoridad, que con su vibrante “rr” nos recuerda el retumbar de los tambores, las marchas militares, los pesados tanques y el estruendo de los cañones. La historia de cada civilización humana se ha cimentado en la guerra; su memoria, aún no consumida por completo, se percibe más allá de los monumentos históricos o los himnos nacionales: corre en nuestra sangre que es sangre heredada de ninguna parte; gime bajo nuestros pies, esperando que un nuevo estruendo agite la tierra y descubra los panteones de sombra y marfil sin nombre sobre los que se yerguen las ciudades; se esconde, casi transparente, en la paz exhausta tendida sobre los barandales de las casas; y vuela en el aire, entre el eco traído desde algún lugar lejano olvidado por Dios al otro lado del mundo, donde voces angustiadas claman su nombre sin encontrar respuesta.

La misma historia que se contaba hace dos mil años se cuenta ahora. Por ello, la esperanza de que la próxima guerra sea la última se diluye antes de siquiera haber nacido. Pero así es el curso natural de la vida: destrucción y renacimiento; tras la noche viene el amanecer. Es inevitable, y hay que reconocer que esta ley universal no sólo rige el mundo externo, sino que también hace de las suyas al interior de cada cuerpo y mente, tanto así que todos vivimos en constante conflicto con lo que decidimos y no decidimos, con lo que somos y no somos, con lo que queremos y no queremos, con lo que hacemos o dejamos de hacer... y esta guerra, muchas veces sin sentido, no acaba ni aunque la muerte esté esperando tras la puerta de la habitación. Así como hay batallas que resultan a nuestro favor, hay ocasiones en que somos pisoteados y arrojados a la más profunda desesperación, como piedra en un pozo. En esos momentos, es posible que

nuestros ojos se pierdan bajo el velo negro de la derrota, pero es un hecho narrado por los grandes héroes de la historia que, de este modo, puede ser más fácil encontrar el camino luminoso bordado entre los pliegues de la tela, ese que nos lleva al anhelado renacer.

Quizás, una de las razones por la que muchos seres humanos han sido capaces de soportar la crueldad de las interminables batallas a lo largo de la historia, ya sean allá fuera o aquí dentro, es porque aquella ley milenaria, implantada hasta el centro de la médula, les dice que siempre vendrá algo mejor después de la tormenta, que siempre quedará una semilla bajo la flor que acaba de morir. Es por esto por lo que, entre el ruido de los cañones, las balas y los gritos de muerte de los hombres, los detalles hermosos a nuestro alrededor de pronto brillan y se convierten en nuestro remanso. La vista se fija en la madre que, meciendo a su niño con gentileza, canta para él una nana; así, poco a poco, el bebé que llora se adormece con las caricias sutiles del aliento melódico de su madre, que va creando sobre ambos un tejido fino, calentito, donde el sonido de las bombas no puede entrar. Su canción es la flor en medio del campo de batalla, y así como ella, hay muchas más: alguien que sueña con un banquete navideño en familia, otro que ríe al recordar los juegos de su infancia y alguien más que con el dedo dibuja sobre la arena un mundo casi perfecto.

En este trigésimo número, nos complace presentar ante usted un pequeño compendio de esas flores creciendo entre los escombros de la guerra, las cuales llevan en su aroma la risa del que se burla de los malos ratos o el perfume triste de la historia de su patria o que aún en el rocío tienen el sabor añejo de lágrimas amargas o que hieren con espinas el corazón, para luego derramar sobre la herida la miel de la esperanza. Cada texto contenido es la muestra de que, ante la desesperación, siempre habrá voces que por medio del arte se mantendrán gritando y cantando a pesar del dolor, el caos o la injusticia que golpean nuestra vida como huracán a un barco en medio del océano. He aquí que la creatividad, empleada para bien, puede ser las alas que lleven a la humanidad más allá de la decadencia.

Daniela Alanis Hernández



Pequeños héroes, pequeños sobrevivientes, Alessa Piña García

¿Quién canta PRIMERO?

Victor Parra Avellaneda
Biólogo y asistente de laboratorio

El general Gallináceo era un gallo corpulento y muy neurótico. Cada vez que se levantaba cacareaba furioso al escuchar que otros gallos ya habían cantado antes que él. Fue así que, lleno de frustración, se preguntó cuál de todos los gallos del mundo cantaba primero a la salida del sol.

—¡No puede ser! ¡Yo soy el general Gallináceo, conquistador del alpiste, dominador de los gusanos, gran combatiente de la Guerra por la Paja y la Guerra de las Semillas y la Gran Guerra del Girasol! ¡Yo lideré a mi pueblo hacia la gloria, pero... a pesar de todo esto, siempre hay un maldito gallo traidor que me desafía, pasándose todo mi currículum de guerra por las plumas de la cloaca y cacareando al amanecer antes que yo! ¡No puede ser! ¡Esta tierra es mía y el sol también! —reflexionó el general Gallináceo en una tranquila mañana de otoño.

—Señor general —dijo el mariscal Polluelón Huevinez, uno de los colaboradores más cercanos al general Gallináceo—. Me han informado que el mundo es esférico, y que, por ello, siempre hay un amanecer. El mundo gira y la luz ilumina siempre una parte de la superficie de la Tierra y, al mismo tiempo, donde no hay luz anochece. Por lo tanto, siempre hay gallos cantando, porque a cada instante amanece en algún lugar. No hay primeros ni últimos, señor.

El general Gallináceo, abrumado por tales disertaciones, quedó pensativo un largo rato hasta que dijo:

—Eso es demasiada ciencia, ¡es ciencia llena de herejía, llena de blasfemia! Debemos hacer todo lo posible para ser los únicos y primeros en cantar al alba. ¡El amanecer de esta tierra será el primer amanecer de cada día, y yo seré el primer gallo en todo el mundo en cantar cuando el sol se eleve por el horizonte!

—¿Qué hará en ese caso, señor general? —le preguntó el mariscal Polluelón Huevínéz al general.

—Pienso exterminar a todos los gallos que cantan antes que yo y carbonizarlos con nuestras poderosas armas de destrucción. ¡Esa es una gran idea! ¿No le parece, mariscal? ¡Una guerra total! —vociferó triunfal el general Gallináceo, pavoneándose a lo largo de todo el despacho y moviendo frenéticamente su roja cresta.

—General, con todo respeto, nuestra economía apenas se está recuperando de la Guerra del alpiste y las Guerras de las semillas de girasol. Perdimos a muchos gallos en la contienda y ahora son las gallinas viudas las que sostienen al país trabajando en las fábricas. Necesitamos sanar las heridas y las pérdidas para que los polluelos de hoy se conviertan en fuertes gallos en un futuro, capaces de luchar por su patria Gallinácea. Pero, a pesar de todo esto, general, ¿qué sentido tendría enviar toda una generación a un matadero como lo es la guerra? Piénselo mejor. Debe haber una estrategia mucho más barata para conseguir sus objetivos legítimos —dijo el mariscal Polluelón Huevínéz, cuyas palabras lograron apaciguar la sed de sangre del general Gallináceo.

Mientras tanto, este, en silencio, se apartó para meditar y ordenar en tranquilidad los pensamientos que rondaban por su mente. Hasta que, en un estallido de lucidez, los ojos del general Gallináceo parecieron encenderse de un fulgor extraño.

—¡Hay que prohibir el sol! —Exclamó el general Gallináceo.

El mariscal Polluelón Huevínéz miró seriamente al general Gallináceo, emitió un hondo suspiro y le dijo:

—Señor general, todos sabemos que cuando algo se prohíbe es más consumido. ¿No se acuerda cuando censuró la quinua y a los días surgió un poderoso mercado de traficantes de esta semilla? Recuerde cómo este mercado ilegal desestabilizó la economía de nuestro país, lo que a su vez provocó el levantamiento de grupos armados de furiosos gallos y gallinas por todo el territorio, lo que finalmente desembocaría en la trágica Guerra del alpiste y la Gran Guerra de las semillas de girasol. Si prohibimos el sol, habrá cientos de gallos por todo el mundo desafiando su autoridad. ¡Se subirán a las casas, subirán a las montañas a esperar el amanecer y cantarán como símbolo de rebeldía hasta que se les quiebre la voz!

El general Gallináceo nuevamente miró al mariscal Polluelón en silencio, quien temió que, en un arrebato de ira, por tantas veces que le habían corregido, el general Gallináceo lo picoteara directamente en el ojo como afrenta y lo dejara tuerto o ciego de ambos ojos.

Sin embargo, el general Gallináceo se calmó y dijo susurrando:

—La única manera de que nadie cante al amanecer es que nadie vea el sol. Para eso tendríamos que dejar ciegas a todas las aves del mundo. ¡Eso es una locura! —Dijo el general, más frustrado aún, caminando alrededor de su oficina, y dando muchos círculos en su trayecto.

—Creo que esa es una muy buena idea —le respondió el mariscal Polluelón.

—¿Dejar ciegas a las aves? —Preguntó perplejo el general.

—Debemos hacerlo sin el uso de la fuerza —le respondió el mariscal.

—Y... ¿cómo haremos eso? —Preguntó el general, intrigado.

En eso, el mariscal Polluelón tapó su vista con las plumas de sus alas.

—Haga lo mismo que yo —dijo el mariscal.

El general Gallináceo se tapó los ojos.

—No veo nada... ¡Oh! ¡Creo que ya lo he entendido! —Exclamó el general.

—Si lleváramos la ceguera a todas las aves del mundo, como lo estamos haciendo con nuestras alas, podríamos evitar que canten cuando salga el sol —le dijo el mariscal.

—¡Gafas! —Dijo el general Gallináceo—. Nuestra economía está en la ruina por la Guerra del alpiste y las semillas de girasol. No podemos enviar al cielo de cada país una bomba nuclear para que estalle en el cielo y deje ciegos a todos. Es muy caro. Podemos inventar un producto de moda. Mandaremos diplomáticos a todas las partes del mundo para convencer a los demás gallos y gallinas del planeta de que usen gafas opacas con las que no verán absolutamente nada.

—Ahora, general, ¿cómo vamos a convencer a todas las aves del mundo que usen esas gafas? —Preguntó el mariscal.

Después de meditar un instante, el general dijo lúcidamente:

—Si se infunde el miedo de que mirar al sol puede matar a las aves, seguramente nadie querrá verlo. Solo los intrépidos.

—En eso hay algo de razón. Conozco algunas aves que se quedaron largo rato viendo al sol pensando que era una fruta colgada de un árbol

celestial y ahora están ciegas y con tumores malignos —le respondió el mariscal.

Meses después, el general Gallináceo emitió un comunicado urgente en el que informaba al mundo su descubrimiento de la ceguera causada por el sol y los tantos peligros que existían al mirarlo. Las sociedades médicas se conmocionaron y de inmediato se empezó a buscar una solución al peligro del sol. Fue así como salió al mercado el primer modelo de gafas opacas, causando furor en todos los continentes. Millones de aves usaron estas gafas y se quedaron privadas de la luz, convencidas de que el peligro del sol había sido superado y de que no era necesario usar su luz.

Hubo accidentes de tráfico, laborales y otros eventos trágicos, pero, pese a todo pronóstico, miles de migraciones se vieron alteradas, pero nadie relacionó estos hechos con que las aves se habían quedado ciegas por la opacidad de las gafas. Algunos empresarios teorizaron que se trataba simplemente de una crisis de productividad que algún día se solucionaría por la buena disposición de los trabajadores. Con ello, la economía de las demás naciones del mundo cayó estrepitosamente, cientos de países se sumieron en la desorganización y millones y millones de aves quedaron para siempre en un ir y venir hacia direcciones inciertas, sin cantar nunca más, pues nunca veían el amanecer y poco a poco, con cada año que pasaba, la noción del sol, del amanecer y de cantar cada vez que el astro rey se ponía en el cielo, se fue perdiendo para siempre.

Uno a uno, cada país aviano se quedó ciego, a excepción del general Gallináceo, quien se convirtió en el único gallo en el mundo en cantar al alba.

TÚPAC AMARU II

Damián Andreñuk

Entre máscaras para rituales
palmeras y chozas y papayas
sonaban los tambores de piel de leopardo.
Había montañas apartadas donde ir a meditar.
En el centro había una hoguera gigantesca
hermanando silenciosamente
en una sola gran familia.
Y tenían momias de guerreros temerarios.
De muchachas jubilosas que alguna vez danzaron.

Se cultivaba la tierra.
Se hacía la Fiesta del Sol.
¡Había tanta claridad del concepto
Abundancia!

Después aullidos,
un horrible crepitar de arboledas en llamas.
Olor a pólvora y a flecha.
Saqueo.
Ruinas.
Penumbra.

La pierna robada

Sara Beatriz Padilla Núñez (Sara Padilla)

Freelance

Todos comenzaron a aplaudirle al falso ciego. Durante el frenesí, dos hombres lo cargaron sobre sus hombros y el resto de los ciudadanos gritaron emocionados. Un niño se acercó corriendo para tocar su mano, quizá pensando que estaba bendita, pero el pequeño se tropezó y cayó sobre la putrefacta pierna gangrenada del doctor; la vio tan de cerca que vomitó encima de ella. El doctor, que se encontraba tirado en el piso, vio al niño desmayarse sobre su propio vómito. Decidió cerrar los ojos y fingir que estaba muerto, quizá así le dejarían de hacer daño.

Un par de años atrás, el doctor fue muy querido por los ciudadanos de la ciudad: ayudó a decenas de mujeres a dar a luz, curó a los niños del orfanato y a los ancianos del asilo. Lo que más le satisfacía de su trabajo y de ayudar al prójimo, era obtener agradecimientos (mejor si llegaban a las alabanzas) de los enfermos, sus familiares y los encargados de las instituciones en las que se presentaba.

Cuando llegó la guerra fue solicitado como médico de trincheras. Aceptó con orgullo y valentía la misión; se imaginó retornando a la ciudad como un héroe y siendo condecorado con medallas doradas. Quizá el gobierno haría una cena en su honor y le entregaría una inmensa cantidad de dinero como agradecimiento por sus servicios; él la usaría para ayudar a los niños sin hogar y sería sepultado como un santo.

Con una sonrisa contenida, tratando de disimular su emoción, se presentó con los oficiales que lo llevarían a su lugar de trabajo.

—Buenas tardes, es un honor poder prestar mis servicios, mi nombre es...

—El doctor, ¿verdad? —Gritó uno de los oficiales—. ¡Súbase a esa camioneta que va al campamento!

—¿No necesitan mis documentos? —Preguntó confundido el médico.

—¡Si no es doctor, muévase y estorbe en otro lado, si lo es, súbase de una vez!

El doctor subió a la camioneta lentamente y se sentó en el único lugar disponible entre dos jóvenes que, infirió, eran enfermeras.

—Me imagino lo difícil que debe ser para dos jóvenes tan lindas estar en una misión de este género —dijo el doctor—. No tengan miedo, yo estaré para ayudarlas en lo que necesiten.

La joven de la derecha lo miró con asco y puso los ojos en blanco, la de la izquierda sonrió de forma burlesca y murmuró algo entre dientes.

Cuando ingresó a la enfermería y le explicaron su funcionamiento, comenzó a trabajar con esmero y puso en práctica todos sus conocimientos con el objetivo de salvar la mayor cantidad de vidas posibles. Le enternecían los soldados que guardaban una fotografía de su esposa en el bolsillo, los que le decían con lágrimas en los ojos que no querían morir, que querían volver para abrazar a sus hijos. El médico trató de curarlos por todos los medios, pensando en esas familias reunidas, abrazándose y llorando, agradeciendo al doctor por haber logrado un milagro como ese. Por desgracia, la mayoría de ese estilo que estuvieron bajo su cuidado fallecieron; en cambio, los que gritaban maldiciones, pedían alcohol a gritos y les daban nalgadas a las enfermeras fueron los que sobrevivieron.

A pesar de eso, el doctor siguió trabajando para cada uno de los hombres que llegaban a la enfermería, buenos o no, porque ese era su deber. En su estancia vio de todo: extremidades arrancadas por las bombas, heridas de bala, histeria causada por ver a un compañero sin cabeza luego de un ataque, quemaduras, putrefacción por la falta de higiene en las trincheras y mucho más.

Un día, mientras el doctor revisaba la cicatrización de una cirugía que había hecho, volteó hacia la camilla contigua y vio a un hombre con una venda en los ojos (había alegado quedarse ciego luego de que una bomba explotara frente a él). El ciego se incorporó un poco, sacó una revista escondida debajo de su almohada, levantó con las puntas de sus dedos un fragmento de la venda y comenzó a ver el retrato de una actriz semidesnuda impresa en la portada. El doctor se encolerizó por ver a tantos soldados con sangre y vísceras de fuera, mientras ese hombre no había sufrido ningún rasguño fuera de su supuesta ceguera. El doctor le arrebató la revista, la arrojó a un lado y le dio un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas.

—¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? —Dijo el ciego tratando de palpar algo con sus manos, con expresión de espanto.

Dos hombres se abalanzaron sobre el doctor y lo inmovilizaron en el piso.

—¡Es un mentiroso! ¡Ese maldito no está ciego!

—¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? —Repitió el ciego girando su cabeza de un lado a otro.

—¿Estás loco? ¿Qué demonios te pasa? —Dijo un oficial que entró a la enfermería.

El doctor trató de justificar su reacción, pero solo logró que lo sancionaran y lo obligaran a seguir trabajando para los enfermos, lo estuvieran o no.

Después de un año terminó la guerra, el doctor estaba escuálido por el cansancio y la mala alimentación. Se reconfortó pensando que por lo menos la alianza de su país había ganado, así que todo había valido la pena. Subió a la camioneta que lo llevarían a él y a varios soldados a casa. Imaginó a cientos de personas con carteles esperando a sus seres queridos y a miembros del gobierno listos para condecorar a sus héroes de guerra por haber prestado un servicio tan honorable a la nación.

Cuando llegaron a su destino no había nadie esperándolos. El doctor, confundido, tuvo que tomar un tren hacia su casa. Cuando llegó, acercó su oreja a la puerta de la entrada: tenía el presentimiento de que todos sus amigos, familiares y pacientes le habían organizado una fiesta de bienvenida secreta. Cuando abrió la puerta encontró en el piso un aviso de desalojo por no pagar la renta durante un año.

—Quizá es una falta de respeto festejar por una guerra —pensó.

Decidió hablar con su arrendador y acordar un plazo para terminar de pagar sus deudas, aunque debía trabajar el doble para lograrlo. Comenzó a atender casos que otros médicos rechazaban: atendió un par de abortos, ayudó a una niña a dar a luz en secreto por encargo de sus padres y realizó un suicidio asistido.

Una mañana lo llamaron de emergencia para una cirugía: debía quitarle la pierna gangrenada a un hombre. Cuando terminó de amputarla, comenzó a envolverla en una tela para deshacerse de ella.

—¿Escuchaste que le darán una medalla a Francis Scott? —dijo la enfermera que asistió en la cirugía.

—No, ¿quién es él? —Preguntó la hija del enfermo.

—Un soldado que se quedó ciego durante la guerra, parece que le darán mucho dinero de compensación, como lo hizo por nuestro país...

El doctor salió corriendo con la pierna bajo el brazo. Llegó a un puesto de periódicos donde encontró el encabezado “Héroe de guerra” junto a una fotografía del falso ciego de su campamento con una medalla dorada colgada en el pecho. Se encolerizó tanto que rompió el periódico y golpeó con la pierna gangrenada al vendedor de periódicos cuando trató de cobrarle.

El doctor se dirigió a la plaza principal, enfurecido por haber hecho tantos esfuerzos para nada. ¿Para qué ayudar a las personas, servir a la nación y trabajar si no iba a recibir ningún beneficio? Vio en los jardines de la plaza un par de metros cuadrados llenos de lodo, se acostó en ellos y comenzó a revolcarse. Después se sentó en el piso, cerca del quiosco, ocultó su pierna derecha real y puso en su lugar la pierna gangrenada.

—Una limosna para este hombre enfermo —gritó mientras elevaba su mano al cielo.

Los habitantes de la ciudad se impresionaron por el espectáculo, pero algunos extranjeros más ingeniosos le pusieron monedas en la mano.

Algunas personas trataron de ahuyentarlo, pero el doctor se levantaba furioso y los amenazaba con la pierna gangrenada. A los policías les dio tanto asco que no hicieron muchos esfuerzos por acercarse, hasta que pasaron un par de días y la pierna comenzó a apestar toda la plaza.

La gente comenzó a protestar frente a las oficinas de gobierno para que quitaran a ese loco, que alguna vez les había servido, de una buena vez. Varios policías fueron a cumplir la demanda, en cuanto se acercaron, el doctor se puso en guardia, elevando la pierna gangrenada como si fuera una espada. Todos los que trataron de acercarse fueron ahuyentados por el doctor que les acercaba la pierna a la cara. El falso ciego, que estaba viendo el espectáculo desde una banca en el jardín de la plaza, tomó su bastón y se acercó a las personas aglomeradas. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, golpeó la mano del doctor con su bastón: la pierna cayó al suelo y los policías lo inmovilizaron. Algunos ciudadanos comenzaron a golpearlo, indignados por haber usado un truco tan sucio para pedir limosna y por haber apestado la plaza. El resto de los ciudadanos celebraron el buen tino del ciego, lo cargaron sobre sus hombros y todos lo aplaudieron, maravillados por la medalla dorada que tenía en el pecho.

LAMENTOS DE CALADIOS

Sayuri Díaz Olmos

Lic. en Lengua y Literatura Hispánicas UV, 4º semestre

1.
para entonces están muertas

aquellas que nacieron del vientre de María
aquellas que engendraron golondrinas de leche

2.
para entonces, la memoria es incurable

los gusanos carcomen
el albor de la primavera

3.
la voz viene de otra orilla
la voz viene
la voz

4.
ella mece un niño muerto entre sus brazos
y su vientre engendra el silencio de Dios

5.
ella amamanta la tierra

sus órganos se anudan verticales
a la miel que sudan los gritos

su cuerpo queda amoldado encima de los olivos

6.
ellas
no encuentran jamás
nada fuera de sí mismas

7.
olvidar
siempre será
una contribución desenfrenada

OLOR ROJO

Verónica Hernández Núñez

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 2° semestre

¿Cuál es el olor de los colores? La pregunta podría sonar absurda, pero ha quedado estancada en mi mente por varios días. El amarillo, por ejemplo. ¿A qué huele el color amarillo? ¿Será un olor dulce, cálido? ¿Traerá consigo la esencia del sol? ¿O será más bien un olor desagradable, agrio, de esos que causan arcadas?

¿Y el azul? ¿Será un olor dulce y refrescante, como el aire que viaja por los cielos al mediodía? ¿Será frío y embriagador, como una noche de otoño, sosteniendo la mano de la doncella amada entre la propia, sintiendo el terciopelo suave de su vestido entre los dedos, azul como la misma noche?

¿Qué hay sobre el rojo? Creí probable que el rojo oliese a frescura y pasión, pasión que se comparte entre las sábanas con la doncella amada, con su cabellera cayendo como una cascada entre los pétalos de rosa.

¿O sería en cambio, el olor rojo, más parecido al del cuero de una chaqueta, mezclado con el dulce aroma de la tinta de labios que la doncella amada retoca cada quince minutos?

Cuando comencé a pensar sobre el aroma de los colores, estas fueron algunas de las conclusiones a las que hube de llegar. Tenía especial fascinación por el “olor rojo”.

En todos los escenarios en que imaginé, el olor rojo me parecía el mejor de todos.

Rojo. Rojo. Rojo.

El olor era dulce, ciertamente. Dulce y metálico. Aunque la sensación se sobreponía al olor.

Tibia y espesa, la sangre se deslizaba por mi rostro, bajaba por mi cuello y seguía su tortuoso recorrido hasta mis pies. No solo el olor penetraba mis fosas nasales sin piedad, además se colaba por mis labios y me nublaba la vista.

Pero esta sangre no era mía. Quise preocuparme, especialmente por la grotesca forma en que los restos del hombre habían volado por los aires cuando pisó esa mina escondida, pero ¿qué importaba tal trivialidad?

El sol resplandecía con furia en lo alto del cielo, cegando a los hombres y a las bestias. Parecía burlarse de nosotros. Parecía estar de buen humor, a pesar de la masacre que ocurría frente a sus narices.

La sangre, antes tibia y espesa, se tornaba en costras incómodas en mi cara.

Rojo. Rojo. Rojo.

Temblando, solté la metralleta que tenía en las manos, pintada de ese horrible color rojo, que cubría el campo de batalla. ¿Cubría el campo de batalla, o la sangre que se había colado en las cuencas de mis ojos alteraba mi percepción de los colores?

Sin necesitar el permiso de mi mente, mis piernas comenzaron a moverse por sí solas y ganaron velocidad gradualmente. ¿Qué hacía? ¿A dónde corría? No había salida posible de este infierno.

No me detuve. Corrí. El olor rojo me perseguía. Me causaba arcadas, confundía mi juicio.

Las balas pasaban silbando de un costado a otro. Uno tras otro, los hombres caían abatidos.

Ese no debía ser yo.

Seguí corriendo. Sentí un impacto. ¿Me dieron? No, fue mi falta de juicio. Una explosión a la derecha me tomó por sorpresa. Volé y caí. El olor rojo no hizo más que intensificarse y una nube de polvo me cegó temporalmente.

Cuando abrí los ojos, la metralleta estaba en mis manos otra vez. El olor rojo se había ido.

Y el hombre, cuya sangre espesa me había bañado antes, esperaba aterrado a mi derecha. Luchaba por ocultarlo, pero la blancura de su labio exhibía su llanto reprimido.

Aturdido, escuché las mismas instrucciones, presencié los mismos eventos y fallé en evitar la muerte de ese hombre.

Grité. Grité hasta sentir mi garganta escocer. Grité, hasta que la sangre se coló en mi boca y el metálico sabor me causó arcadas. Grité, hasta sentir las balas como alfileres atravesar mi cuerpo. Grité. Y caí.

Y el olor rojo me había abrazado nuevamente. Me había abrazado eternamente.

[...]

Masajeando su entrecejo y dando vueltas en la silla acolchada de su consultorio, el doctor leía por enésima vez el expediente médico.

—Es la tercera vez que intenta suicidarse —comentó la enfermera, con las manos entrelazadas frente a ella.

Exhalando con cansancio, el médico respondió:

—Lo que más me sorprende no son los múltiples intentos que ha llevado a cabo de quitarse la vida. Lo que me sorprende es que ustedes lo hayan permitido, dejando a su alcance más de una vez agujas y objetos punzocortantes.

Cabizbaja, le respondió en voz baja:

—¿Qué debemos hacer, doctor?

—Me parece una obviedad que pregunes. Ha llegado el tiempo de trasladarlo a la unidad de casos especiales.

—Disculpe mi imprudencia, doctor, pero la familia del señor no ha pagado por ese tratamiento.

Soltando el expediente en el escritorio, miró a la enfermera a los ojos, con poco más que indignación contenida.

—La familia del señor no ha pisado este hospital en cinco años. Y eso no cambiará próximamente.

La enfermera, poco convencida, asintió con la cabeza y salió del despacho, con dirección a la habitación del anciano, preparando todo para su traslado.

Su sentido patriótico no le había dado nada más que un cuerpo débil, y una mente turbada por los horrores de la guerra.

Incluso en sus sueños, bajo los efectos de la morfina, el anciano seguía pronunciando la misma palabra, una y otra vez.

Rojo. Rojo. Rojo.



Pugna interna, Bastian Jared Ramos Delgado

En el campo de batalla

Ronnie Camacho Barrón

Escritor y Lic. en Comercio Internacional y Aduanas IO

Hay humo por todas partes; el olor a muerte y carne quemada proliferan en el lugar e inundan los pulmones de los desesperados soldados que tratan de esquivar la metralla, que no deja de venir de un lado a otro. Entre este caos, mi niño se mueve; su corazón late a mil por hora, sujeta su arma sobre su pecho y su único deseo es volver a casa, ver a sus padres una vez más. Como su Ángel de la guarda, hago lo que puedo por evitar que salga herido, pero me es imposible: a su alrededor la muerte ronda ansiosa por cobrar su alma, no importa cuántos niños se ha llevado ya, ella sigue hambrienta y mi niño es su plato principal.

Estoy desesperado, ¿cómo es esto posible? Hace menos de un mes estábamos en la apacible granja familiar, rodeados por verdes campos, cazando conejos, y donde lo único de lo que debía cuidarle era de no recibir una patada de Betty, la mula de la familia. Fue una sorpresa para ambos cuando la guerra llamó a la puerta; el imperio necesitaba soldados y mi niño debía responder. En tan solo treinta días dejó el arado por el fusil y, adiestrado bajo un burdo entrenamiento, se le envió como carne de cañón al campo de combate.

—¡Cuidado con la torreta! —Grita su capitán antes de ser acibillado por una lluvia de balas.

Como siempre hago, inadvertidamente, le alejo del peligro haciendo que tropiece para que no sea alcanzado por la ráfaga.

—¡Maldición! —Exclama mi niño antes de temblorosamente apuntar con su arma al soldado alemán que manejaba la torreta.

Con solo presionar un gatillo le vuela los sesos y lo mata al instante; esto es lo que más me duele: ver a los ángeles guardianes del enemigo llorar a sus niños muertos, ellos también los acompañaron desde su primer aliento de vida hasta el último exhalo de esta. No los entiendo,

¿por qué si Dios los creó con tanto amor, a su imagen y semejanza, ellos se odian tanto entre sí?

Con pesar, observo cómo el ángel del caído le da paso a la muerte para llevarse su alma. Lentamente, esta se inclina sobre el cuerpo del muchacho, introduce su esquelética mano en el pecho de este y saca una pequeña esfera blanca, que luego se devora de un bocado. Cuando termina su labor, se da la vuelta hacia nosotros y señala a mi niño; me advierte que pronto vendrá por él. Aunque el miedo me invade, haré lo que pueda por mantenerla alejada; jalo de él y le empujo cuando es necesario, le advierto hacia donde correr y apuntar, y le susurro que, si sigue así, volverá a ver a mamá y papá.

Como todo un guerrero, se abre paso entre el enemigo; mis acciones parecen haber tenido éxito, la muerte se ha quedado atrás y en silencio nos observa a la distancia, ¡lo logré, salvé a mi niño! Ya solo faltan quince metros para abandonar el campo y le suplico que corra, le prometo que, pasado ese punto, estará salvo, que volveremos a casa.

Estamos a solo dos metros de lograrlo cuando lo escucho, un sonido similar a un golpe metálico que es precedido por una poderosa explosión; en mi desesperación por alejarlo de la muerte, no vi bien el camino y lo guíe hacia una mina escondida entre la hierba. Mi niño vuela por los aires antes de azotar sobre el suelo; la explosión le ha volado las piernas y ha destruido por completo su torso.

Apenas puedo creerlo, mi pequeño Herschel está por morir y todo fue mi culpa.

—Mamá, papá —sus ojos comienza a humedecerse, no sé qué hacer.

—¡Padre, por favor no dejes que muera! —Suplico a los cielos, pero no recibo respuesta.

Comprendo su silencio; desde un principio a nosotros los ángeles se nos dejó en claro que la muerte es algo natural en los humanos, y que muy a nuestro pesar debemos aceptarla. Jactándose de su victoria, con lento andar, la muerte se aproxima a nosotros.

—Lo cuidaste muy bien —se mofa.

—Por favor, no te lo lloves —me interpongo en su camino.

—Conoces las reglas.

—Al menos déjame despedirme.

—Eso está prohibido. —Me hace a un lado de un empujón.

La muerte está lista para arrancarle el alma, pero antes de que siquiera pueda introducir su huesuda mano en el pecho de mi niño, decido intervenir y la detengo tomándola del antebrazo.

—¿Qué haces?! —Fúrica, lucha por liberarse de mi agarre.

—Yo lo haré, yo tomaré su alma.

—Solo yo puedo hacer eso.

—Lo sé, por eso tomaré tu lugar.

—¿Por qué? —Pregunta más curiosa que confundida.

—Porque igual que tú sin Adán, sin mi niño no soy nada.

La muerte entiende bien mi predicamento; como ángel de la guarda del primer hombre, comprende lo que es perder a un ser tan querido.

—Por milenios he andado en soledad por este mundo recolectando las almas de sus hijos, estoy cansado de ello, acepto —dice tras unos minutos de silencio, para luego sacarse el alma por sí misma y entregármela.

El alma de la muerte es totalmente distinta a la de los humanos; la suya es fría al tacto y tiene la forma de una pequeña galaxia en movimiento.

—Buena suerte —alcanza a decirme antes de caer al suelo convertida en un cúmulo de porosos huesos que en cuestión de segundos se evaporan en el aire.

Tengo miedo por lo que haré, pero todo sea por darle la paz a mi niño por mí mismo.

Cuando devoro el alma de la muerte, comienzo a experimentar todas sus vivencias: sus años en compañía de Adán, el cómo se convirtió en el ángel de la muerte cuando trató de revertir su fallecimiento, los milenios que vio imperios caer y erguirse, y los millones de almas de buenos y malos que tuvo que recoger.

A aquella visión le sigue una dolorosa metamorfosis, en la cual mi cabello se cae, mi piel se seca hasta en convertirse en huesos, mis ojos desaparecen, y mis blancas alas se tornan negras como la más impía de las noches. La transformación está hecha; ya no soy un ángel de la guarda, ahora soy el nuevo ángel de la muerte y es el momento de recoger mi primera alma.

Cuando estoy por hacerlo, ellos aparecen; por alguna especie de milagro los médicos han logrado sortear el campo de combate y han llegado hasta mi niño. Como pueden lo recuestan sobre una camilla y se lo llevan lejos de mí.

—¡Está prácticamente muerto, déjenlo! —Les grito, aunque sé

muy bien que no pueden escucharme.

Ignoro los quejidos de los cientos de soldados muertos a mi alrededor; sé que ellos también me necesitan, pero primero está mi niño, debo darle la paz a él primero. Los médicos llevan a mi Herschel hasta el hospital improvisado donde tratan a todos los heridos; al verlo, el resto de los doctores dejan de lado a los menos lesionados y corren a socorrerlo.

Tras horas de constante trabajo, han detenido su hemorragia, reintroducido sus intestinos y grapado su estómago; ante todo pronóstico han logrado lo imposible, lo estabilizaron.

—¡Esto es imposible, él debe morir, yo debo tomar su alma! — Protesto desesperado y dispuesto a terminar lo que comencé.

—¡Ya basta! —Como un trueno, la voz de mi padre resuena desde los cielos—. Él ya se ha salvado.

—¡No, padre, él está muerto, los médicos se equivocan!

—¡No! El que se equivocó fuiste tú, diste todo por nada, debiste esperar un poco más.

—Por favor, padre, tienes que entenderlo, él me necesita, yo debo cuidarlo.

—Ya no, hijo, tu deber es recoger las almas de los muertos, ahora cumple con tu trabajo, los soldados te necesitan.

—Al menos deja que me despida de él.

—Hazlo.

Como la oscura sombra que ahora soy, me acerco a mi niño, me inclino a su lado y le susurro al oído lo siguiente.

—Mi querido Herschel, sé que no puedes escucharme, pero siempre estuve ahí, durante cada navidad, en tu primer beso y en el último abrazo que te dieron tus padres antes de venir a este infierno; aunque ya no podré cuidarte, siempre te amaré y te prometo que cuando llegue el momento, nos volveremos a ver. —Tras despedirme, remuevo el cabello de su frente y me marchó, ahora hay más niños que me necesitan.

No me HABLES DE TROYA

Andrea Azucena López Rico

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 8° semestre

“La guerra está allá afuera” te repites hasta el cansancio, te convences a fuerza de verdades, te encargas de alejarte de todo aquello que te aterra, que peligra, que destroza. Pero también en Troya creían que la guerra solamente estaba afuera.

La guerra no era el caballo, la guerra estaba adentro.

Entre los pasillos se urdían traiciones y palabras crueles, ignorando del fuste equino a los hombres y sus armas. Bien estaba hueco, mas no vacío.

La guerra está allá afuera. Es verdad.

Los niños mueren, incontables, o quedan huérfanos. Las madres mueren, innumerables, o quedan con un hueco bajo el ala. Polluelos que corren desesperados, ya sin cabeza, bajo las aves de metal con su paso ensordecedor y sus crías atómicas.

Yo también me lo digo a veces.

Cuando siento que no he de escuchar las mil voces que claman auxilio, que exigen sangre, porque dentro de mí se convierten en un grito que lo absorbe todo.

Me nombran:

Parra.

Storni.

Pizarnik.

Sexton.

Platt.

Pero no deseo ser como ellas.

Quiero escribir, sí, pero no con el revólver susurrando en mis sienes impúdicas que se creen Dios sin siquiera poder proteger una vida (la mía), con estos pies que trazan su camino hacia un abismo de sales y males, con las semillas de vida sintética gritando en mis palmas que quieren ser sembradas, clavándose en mis entrañas para robarme el aliento; con llaves que abren paso a un efluvio, vehículo de huída que no va a ningún lado; ni con la cabeza envuelta en el cirro invisible de la desesperación.

Que me llamen por mi nombre, que me den uno solo. Una palabra de vida, un atisbo de esperanza.

Así que no me hables de Troya cuando en mi interior se están librando batallas endemoniadas, en las que mi mente, mi cuerpo y mi alma se juegan la existencia contra sí mismas. No me grites la muerte de los héroes cuando tomo aquí la espada en silencio y libro batallas (in)imaginarias, cuando mantengo las fachadas de mis edificios pulidas y los interiores fusilados.

Prefiero al monstruo en la habitación y al elefante en el armario. Incluso mis bestias le temen al ser que habita escondido y se refugian bajo mi cama. Tiemblan conmigo, sacuden mis sueños, “déjalo salir”, suplican; “también él es real”, claman, y yo las acallo sangrando mis oídos, cansados de no escuchar, cubriéndome hasta la cabeza con un manto de engaños. Y ahí, en la calma, es cuando sale, abre las puertas, se mete en mis entrañas y susurra.

Quieres morir.

Y pienso en morir.

Y las siento deslizar una a una, indómitas, de mi piel hasta el infierno, el que no acecha, pues ya estoy dentro.

Lágrimas como bombas. Esquirlas de la explosión de mi pecho.

LA GUERRA HACE EL AMOR

Argelia Beatriz Gutiérrez Navarro (Perla)

Lic. en Historia UAA, 8° semestre

En el contexto de la gesta independentista que inició el 16 de septiembre de 1810, una dama criolla se enamoró de un guerrillero peninsular de oscuros cabellos. La dama vivía en una hacienda cercana a la Ciudad de las Minas, donde una noche recibió la visita de su galán, de quien no había tenido noticia en varios días debido a la adversidad de la guerra. El joven golpeó con suavidad la ventana de su balcón, al cual había trepado gracias al árbol próximo. Sorprendida, de buena manera la dama le abrió de inmediato y lo invitó a pasar.

—Luisa, pensé que nunca volvería a veros —inició el guerrillero.

—Pero si tú fuiste quien se marchó.

—Necesitaba continuar mi campaña militar, pero falló en la toma de una villa.

—¿Y? José, yo me quedé triste por ti.

—Lo sé, cariño, lo sé. Por eso he venido. Ahora tengo un objetivo mayor, pero ya no quiero partir sin vos. Vení conmigo, por favor —invitó, ofreciéndole la mano.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó, sin saber qué hacer.

—Porque yo a vos te amo, Luisa.

Aquellas palabras causaron un efecto de total entrega en la dama, quien cedió su mano al guerrillero. Salieron de la habitación y después de la hacienda. José se reunió con sus hombres, que se habían quedado en diversos hospedajes para evitar que los descubriesen al estar todos juntos. Les presentó a Luisa como su compañera y luego la montó en su caballo. La tropa subió a un cerro donde estableció un cuartel para su siguiente objetivo: la Ciudad de las Minas. Luisa, que la conocía bien, les compartió las rutinas de la guardia para facilitar el ataque.

Por fin llegó el 6 de octubre de 1817, la fecha estipulada para atacar la ciudad. Luisa, tal como lo había pedido José, se escondió en el templo

cercano a la mina de San Cayetano, mientras la ciudad se rendía. El tiempo corría y la dama se ponía cada vez más nerviosa. Ignoraba cuánto tiempo llevaba tomar una ciudad, pero una corazonada le decía que José y los suyos habían fallado. Por fin, cuando estuvo a punto de quedarse dormida en una de las bancas del templo, su guerrillero llegó agitado, tomó fuertemente su mano y la arrastró hacia afuera. Ambos corrían, aunque Luisa apenas si podía seguirle el paso.

—¿Qué es lo que pasa?

—No hay tiempo que perder, debemos escapar.

Sin ninguna objeción, Luisa siguió corriendo de la mano de su amado. Se adentraron a un cerro y se ocultaron dentro de unos matorrales. José indicó a la joven que no hiciese ningún ruido. Hubo un gran silencio y luego se escuchó el paso de una gran tropa. La dama temblaba de miedo mientras el guerrillero conservaba la calma. Cuando parecía que la tropa se había retirado por completo, José asomó ligeramente la cabeza y se volvió a esconder con rapidez.

—Ya no se ven, pero hay que esperar más —dijo susurrando. Luisa asintió.

Un momento más fue suficiente para que José saliese de su escondite. Revisó el perímetro y volvió hacia donde se escondía Luisa, a quien ayudó a levantarse, además de sacudirle las ramas y hojas que se habían atorado en su ropa.

—Ya se fueron —anunció aliviado.

—¿Te importaría darme una explicación? —interrogó Luisa, alteradísima.

—Volví a fallar, Luisa —admitió el guerrillero, con una mirada triste—. Y no solo no tomé la ciudad, sino que varios de mis hombres fueron capturados.

—Pero, ¿algunos lograron escapar? —Cuestionó preocupada. José asintió lentamente.

—Acordamos reunirnos en El Cervatillo. Vamos a replantear nuestra estrategia y a seguir intentando contactar al líder, Guadalupe Victoria.

—¿En ese rancho? ¿Por qué ahí? ¡Puedo ofrecerles mi hacienda!

—Entendé, cariño, que estamos haciendo movimientos realmente peligrosos y vuestra hacienda podría ser perjudicada si seguimos fracasando. Uno de mis hombres entabló amistad con el dueño del rancho, así que no tendremos problema en ser recibidos.

—Pero, José... ¿Es prudente?

—No sé si es prudente o no, pero es lo que debe hacerse. Tu virreinato merece libertad.

José tomó a Luisa de la mano para dirigirse al rancho, donde ya estaban los hombres que consiguieron fugarse. La noche estaba muy avanzada, incluso parecía que el amanecer se hallaba próximo. Todos se encontraban tan cansados que no pudieron iniciar el diseño de un nuevo plan, sino que se dispusieron a dormir. A Luisa se le concedió una habitación de invitados para ella sola; a José, la sala de la casa, y el resto de la tropa se repartió entre el establo, el granero y la cochera.

Cuando se levantaron, ya por la tarde, los varones iniciaron el diseño del plan. Acordaron que recuperarían fuerzas, reunirían vituallas y emprenderían la marcha hacia Veracruz para que fuese más fácil contactar al general Guadalupe Victoria. El plan quedó en iniciarse a mediados de noviembre y, hasta entonces, entrenarían para no volver a fracasar.

Pese a lo bien planeado del asunto, no contaban con que había un impostor entre ellos: uno de los hombres proporcionó datos a los realistas a cambio del indulto y una cuantiosa recompensa en monedas. De esta manera, apenas transcurridos unos días de noviembre, en el rancho se anunció la próxima llegada del ejército a favor de la Corona. El guerrillero se asustó, pero no dejó que el pánico se apoderase de sí, sino que acudió al encuentro de su compañera y se encerró con ella en el cuarto de lavandería de la casa. Ahí le explicó que estaban asediados por los realistas.

—No sé cómo supieron de nuestro paradero, pero temo que no podremos salir fácil de esta.

—¿No es imposible? ¡Di que no! —Pidió Luisa, pero el guerrillero calló.

No se dijeron nada en los siguientes momentos, pero alcanzaban a escuchar el gran escándalo provocado por la irrupción de los realistas. Por si fuera poco, había gritos de hombres llamando a José y amenazando con torturar a su tropa si no se aparecía pronto. El guerrillero estaba dudoso, pues sabía que, de encontrarlo, también verían a Luisa, y temía más por ella que por él mismo. Quiso salir de su escondite, pero el agarre en su brazo lo detuvo.

—Podemos esperar a que se retiren, José —murmuró la dama.

—Ellos no se irán si no me encuentran —afirmó el guerrillero.

—Pero te harán un daño inimaginable.

—En la guerra hay muchos peligros. Uno se juega la propia vida, pero siempre se tiene en mente a las personas que se intenta proteger.

—José...

—Sois la mujer de mi vida, Luisa —reconoció, para después situar sus labios sobre los de ella. Era un beso cálido, repleto de los sentimientos propios del cariño, la ternura, la devoción y el cuidado, pero que tenía una pizca de amargura causada por la angustia, la añoranza y el dolor de una separación, y es que también era un beso de despedida. Apenas pudieron pasar unos pocos segundos, cuando el guerrillero finalizó el beso y miró, por última vez, a su dama con toda la ternura del universo.

—Hasta siempre, mi cielo —se despidió y salió rápidamente.

Luisa se hizo bolita y dejó que las lágrimas corriesen por sus mejillas. Esperó impaciente a que no hubiese ruido alguno y fuese seguro salir de su escondite. Sin embargo, ni el silencio sepulcral que se formó pasado un buen rato la convencía de salir, hasta que el hambre comenzó a asecharla. Justo cuando estaba debatiéndose entre buscar comida o esperar más tiempo, algo distrajo sus pensamientos.

—“Yo no estimo hermosura que, vencida, es despojo civil de las edades, ni riqueza me agrada fementida...” —recitó una voz conocida. Luisa se sintió aliviada al escucharla y tuvo la suficiente confianza como para salir y completar el llamado.

—“...teniendo por mejor, en mis verdades, consumir vanidades de la vida que consumir la vida en vanidades...”

—Señorita Luisa, ¡está aquí! —Exclamó Magdalena, una de sus damas de compañía en su hacienda—. Todos estábamos muy preocupados por usted.

—Lo siento, no quería que se preocupasen por mí, yo solo quería...

—Sí, señorita, sé qué quería —interrumpió, pero antes de que pudiese añadir algo, el estómago de Luisa evidenció su falta de alimento—. Consigamos algo para que coma.

Entonces, caminaron hacia la cocina observando los restos de violencia en la casa: muchos muebles estaban destruidos y había uno que otro hilo de sangre. Al llegar a la cocina, esculcaron las alacenas y la dama pudo comer una pieza de pan que estaba milagrosamente intacta.

—Acompáñeme ahora, señorita, que los realistas nos esperan afuera —solicitó Magdalena.

—¿Siguen aquí?

—Sí, pero permanezca tranquila para que salgamos de esta. Tuve que mentir para que me dejaran entrar a buscarla, así que debe seguirme la corriente —explicó Magdalena, y después guio a Luisa hacia fuera de

la casa, donde había una buena cantidad de realistas. Uno de ellos, quien parecía tener el mayor rango, se acercó a las damiselas.

—¿Esa es su amiga, señorita? —preguntó mirando a Magdalena.

—Así es, coronel. Volveré a mi hogar con ella, gracias por permitirme buscarla.

—Regresen con cuidado —respondió el coronel, sonrió hacia ambas muchachas y ordenó la retirada del ejército. Después, ambas caminaron hacia un caballo atado a un poste. Luisa lo reconoció, ya que pertenecía a su hacienda. Las mozas subieron y emprendieron la ruta de vuelta a su morada.

—¿Cómo supiste que estaba ahí?

—No sabía, por eso declamé aquello en voz alta.

—Me refiero al rancho, ¿cómo supiste que estaba aquí?

—¡Ah, eso! Fue porque se corrieron los rumores de que el guerrillero peninsular José escapó al rancho El Cervatillo. Cuando llegué para buscarla, el lugar estaba rodeado por los realistas y les dije que el salvaje guerrillero había capturado a mi amiga y yo la estaba buscando.

—¿Y cómo te creyeron?

—Tuve que fingir que estaba del lado de la Corona, reafirmando mi posición de criolla, como usted. Eso y unas cuantas monedas de oro.

Luisa no supo qué más decir, así que simplemente miraba de un lado a otro el camino, observando los paisajes y al sol escondiéndose.

Cuando por fin llegaron a la hacienda, fueron recibidas por sus residentes, quienes querían detalles de lo acontecido, pero la dama fue incapaz de narrar lo que había sido de ella desde que escapó con José. En ese momento, preguntó a los demás por él; sin embargo, se formó un silencio incómodo. Luisa no tuvo que pensar mucho para saber lo que aquello significaba, pero una presencia adicional le confirmó su temor.

—Tuvo la suerte del traidor... fue fusilado por la espalda —reveló el inoportuno cocinero, que había ido al comedor para dejar una charola con pan.

GUERRA mexicana

Marco Arturo Macias Reyes

Bachillerato en Artes y Humanidades "José Guadalupe Posada", 6° semestre

Tropas, soldados cabalgando firme,
buscando la libertad por los pueblos.
Mexicanos en grito por los pisos,
trabajo bajo el sol que infame

muriendo por su patria en soledad.
Sufriendo en silencio de su tumba
sin tener la victoria que dudaba.
Trabajando las tierras en brevedad

plantando maguey para poder comer
quesadillas con mezcal por la noche
estrellada esperando a vencer.

Yendo por la victoria y libertad,
un país lleno de un gran empache
buscando el traer una novedad.

ESTABA ESPERANDO a PAPÁ

Az

Licenciatura en Letras Hispánicas UAA. 2° semestre

Hoy vivo en una pequeña caja, tengo frío aquí. Nadie ha venido por mí, aunque papá prometió volver. Llevo días sin comer; cada mañana veo hombres corriendo, llevando cascos con cruces; una que otra vez de la cadera les cuelga una máscara rara, papá tenía una antes de que me dejara aquí. Hoy veo casas tiradas, grandes piezas de rocas; gente acostada que parece dormida, pero ni siquiera respiran. A veces suenan alarmas, pero solo puedo correr a taparme la cara acatando lo que su triste voz me dijo.

Tengo dos blusas enormes que me quitan el frío por el día, pero en las noches, ni haciéndome bolita adentro del cartón, ni frotándome los brazos con cortos movimientos, puedo evitar escurrir por la nariz y toser como nunca. Mis manos, moradas y temblorosas, han pedido pan; yo ya no sé cuándo abrirán otra vez esa tienda de carpa roja donde papi trabajaba, y cada día podía pedir un rico té.

Hoy llegaron dos hombres altos vistiendo un poco raro, me despertaron delicadamente, preguntaron mi edad y, después de una corta plática, me pidieron acompañarlos, pero papá pidió que lo esperara y él no había llegado, así que me negué. Intentaron convencerme, yo no quería y empecé a decirles que me dejaran en paz; ellos intentaron forzarme a entrar a una extraña camioneta, grité y forcejeé con la poca energía que tenía... nos interrumpió aquella alarma, ellos me soltaron sacando sus cascos. Corrí, lo intenté, pero no alcancé a tomar mi blusa para taparme la cara, caí al suelo, sentía mareo, sueño... no recuerdo más.



Oso, Anónimo

TREGUA navideña

Iván Medina Castro

Escritor

*«Alzaos, serbios, los albaneses nos arrebatan
Kosovo», y a los aedos albaneses salmodiar:
«Levantaos, albaneses, Kosovo se lo queda el eslavo.»*

Ismaíl Kadaré

A la Ex-Yugoslavia

Relataré hechos que posteriormente los libros militares referirían como “La Tregua de Navidad”. Aunque, pregunto: ¿podré confiar en la memoria y no deformar los acontecimientos?

Bajo la sombra de un periodo tormentoso, las diferencias entre eslavos extendían su mortífero embate a través de la cordillera de los Balcanes. Yo, Stefan Dusan, cabo segundo, en cumplimiento de mi deber ante el ejército Duklja, en uno de esos combates sin sentido, hacía guardia dentro de una trinchera. Objetivo idóneo para incrementar el panorama mortuorio de ambos lados de la colina. Aunque no tenía miedo de estar en esa posición, pues meses antes se había firmado un acuerdo de paz entre los beligerantes.

El acuerdo Zeta –nombre elegido por combatir en las llanuras donde se asentó el baluarte de la Gran Serbia antes de ser sometido por el Imperio Otomano–, en principio, tuvo que suspender las hostilidades durante el ocaso del sol, y continuar con el combate al visualizarse los primeros rayos del alba. A razón de atender a los heridos en batalla y retirar a los cadáveres del campo de lucha, con la intención de evitar el surgimiento de enfermedades infecciosas, además de otorgar un trato digno a los caídos sin importar la religión. Se había alcanzado una negociación fabulosa. Arrojarle pecho tierra, y tener a lado el cuerpo putrefacto de un compañero devorado por aves carroñeras era aterrador. Al paso de

los días, hubo la necesidad de agregar una cláusula al acuerdo Zeta, ya que sus muertos y nuestros muertos se hacían irreconocibles. Nadie fue capaz de distinguir los cadáveres expuestos a las granadas o a las minas antipersonales.

La nueva cláusula ayudaría a identificar a los muertos en batalla. Así, en respeto a la usanza, se izó la bandera blanca y se hicieron sonar los cornetines. Por segunda ocasión, se negociaba con el enemigo. Fue bien recibida, incluyéndose de inmediato en el acuerdo Zeta; incluso los firmantes brindaron con tragos de vodka, que solo los sorabos saben destilar. La naciente disposición fue revolucionaria. El método de reconocimiento consistió en escribir en un papel: nombre, unidad, rango, tipo de sangre y religión; el soldado debía prenderla en uno de los bolsillos. Se había resuelto un problema mayúsculo.

El frío había llegado cubriendo con su manto los suelos pedregosos, el sitio se observaba hermoso y apacible, sin embargo, las hostilidades estaban en su máxima tensión. Ninguno de los bandos podía avanzar ni un ápice de su zona de influencia; a pesar de ello, cerca de la celebración navideña vimos ondear dos banderas: una blanca y, la otra, del escudo de la compañía con su medallón de plata y, en su centro, el imponente halcón bicéfalo. Respondimos siguiendo los protocolos de concordia e izamos la bandera blanca y nuestro emblema real de armas de Obrenovic.

Una vez más acompañaba a la comitiva negociadora. Cruzamos la zona neutral a través del bosque, y al llegar se nos propuso una tregua temporal. La suspensión entraría en vigor desde ese instante hasta el amanecer de los siguientes dos días; además, se estableció la zona franca donde se realizaría la celebración navideña entre los contingentes. La tregua fue recibida como una bendición; los soldados, llenos de felicidad, lanzaban sus cascos por el aire mientras otros entonaban villancicos. Como área franca se decidió establecer un claro extendido entre las zonas de control de los beligerantes, donde un enorme pino había sido testigo de los brutales eventos.

Llegada la celebración de nochebuena, la desconfianza se hizo presente en el ambiente, pero los mandos militares rompieron toda suspicacia al intercambiar insignias oficiales. Las botellas de vodka pasaron de mano en mano en plena hermandad, animando a los combatientes al canto y al jolgorio. El gran pino fue adornado con luces fluorescentes de rescate, y el succulento banquete de ciervo y perdices silvestres fue consagrado por un obispo ortodoxo, sin

incomodar a los católicos. La festividad decembrina había transcurrido en completa serenidad.

Al término del acuerdo, ambos bandos ocuparon sus puestos, no sin antes despedirse con melancolía de sus contrincantes. A la mañana siguiente, bajo un día resplandeciente, un silencio de unión reinaba en la comarca; únicamente era posible escuchar el paso del viento, acariciando las ramas de los árboles y el alborozo de las aves. De repente, uno a uno de los soldados, hasta ser todos, abandonamos nuestras posiciones sin importarnos nada, arrojábamos al paso las armas y arrancamos nuestros emblemas. La compañía completa dio la espalda y abandonó la línea de fuego, hasta sentirnos libres y reconciliados con nosotros mismos. Tiempo después, supe con gran regocijo que nuestros hermanos enemigos habían realizado el mismo acto valeroso.

Resonancia de la TRAGEDIA

Graciela Ivana Fragoso Gómez (Ivana Fragoso)

Bachillerato en Artes y Humanidades "José Guadalupe Posada", 6° semestre

Sombras largas, triste faz.

El sueño es difuso.

Campos yermos testigos del altercado encarnizado.

La tierra tiembla de puro dolor,

le crean cicatrices que con el tiempo se harán más y más visibles.

Hora de mi deceso, mi única certeza.

Veo a las madres sufriendo por sus niños olvidados hechos polvo,
sus lágrimas se hacen ríos de dolor en el corazón ensangrentado de la

[tragedia.

Se oyen sus rezos,

gritos elevados al cielo.

Hay lamentos y sollozos en el viento.

¿Dónde hallar consuelo?

¿Cuántas más víctimas deberán caer antes que la unión pueda renacer?

Lo único que me queda es suplicar,

suplicar

y rezar

y gritar

que en lugar de muerte, florezcan los ramos de olivo.

REBOZOS Y armas

Alejandra Pérez Cruz (Nexcoyotl)

Artista

Francisca Tapia ya no tenía lágrimas; se la había pasado llorando los últimos meses por los hombres de su vida: primero su padre que se cayó de un caballo, después su esposo por irse a la bola, y ahora su hijo por desnutrición. La criatura no sobrevivió a sus primeros años de vida, y ella pensaba era mejor así; el niño no pudo venir en peor momento, sin padre que lo educara o le enseñara a trabajar el campo y en plena guerrilla de revolucionarios.

Ya no le servía lamentarse, ya se había cansado de eso; necesitaba sobrevivir si quería ver nuevamente a su viejo, que a estas alturas se preguntaba si seguiría vivo, o mínimo pensaría en ella. Pasó a la capillita del pueblo a rezarle al Cristo de madera ahí crucificado, le pidió protección y la fuerza para lo siguiente que haría. Agarró un par de cazuelas de barro, los pocos centavos que tenía guardados, algo de maíz, un cuchillo y su rebozo gris, pues igual iba a andar en la tierra, así que de cualquier otro color le parecía que se enmugraría de inmediato.

No le fue difícil irse del pueblito de Cihuapil, ¿quién podría detenerla? Ya a nadie le importaba; desde niña perdió a su mamacita y su hermano se había ido a otro pueblo, así que ya no le quedaba nada ni nadie. Con su nueva libertad, y su equipaje, se dispuso a seguirle los pasos a la bola, era la única pista que tenía de su marido y por algo debía comenzar. Emprendiendo su viaje, no tardó en dar con algunos otros que también se sumaban a la guerrilla: muchos hombres de manta, otros con su traje de charros y otros hasta sin camisa, a pie, en caballo, todos seguidos por mujeres como ella, soldaderas listas para cocinar o calentar a los hombres antes y después de las batallas en los campamentos improvisados. Solo que ella no quería servir a otro hombre; su único propósito sería avanzar lo más posible e intentar preguntar por su esposo, e igual, si podía ayudar a la causa, se sentiría bien con eso.

Entre el pequeño grupo andaba un hombre al que le decían el capitán Lorenzo Aguirre: alto, a caballo negro y de bigote. Era muy amable con su gente; ahí Francisca se enteró de que ellos eran maderistas, y que también había villistas y carrancistas, todos en distintos puntos del país, unos al norte, otros al sur y al este; todos regados por los pueblos y la sierra con la esperanza de liberar al pueblo mexicano.

Avanzaron por unos días; Francisca se sintió cómoda entre otras mujeres que también habían sufrido pérdidas, pero se consolaban unas a otras y la revolución no les dejaba tiempo para llorar. Se escuchó una tarde la historia de Dolores Corral, la más vieja del grupo y la que más hombres había curado, una mujer conocedora de las hierbas que nunca se casó, pero sabía todo del amor. También conoció a Luz de Mendoza, una niña de unos 15 años, tan bonita como fiera, era la protegida del capitán y solía irse de armas con ellos en lugar de andar con las otras mujeres.

Una noche se le acercó Juan Librado, un hombre mediano y bajito; se intentó portar muy cariñoso, pero ella lo rechazó, lo cual él no se tomó muy bien y lo siguiente fue el forcejeo: él golpeándola a ella, mientras aplicaba la fuerza bruta y obtenía lo que vino a buscar. Cuando Juan Librado se acomodaba los calzones y Francisca Tapia recogía su rebozo gris sintiéndose tan vulnerable, tan frágil, tan pequeña, sus ojos se humedecieron, pero ella no permitió que las lágrimas se asomaran; esto se lo pasaría a valor mexicano, se había prometido no volver a llorar por ningún hombre y así lo haría.

Ni tarde ni perezosa, al día siguiente le pidió a Luz de Mendoza que le enseñara a disparar un arma y a usar los cuchillos para apuñalar, pues Francisca Tapia solo sabía usarlos para la cocina, y tal vez para matar animales, pero jamás se le pasó por la cabeza usarlos para defenderse de los de su raza. Dolores Corral le aconsejó que se callara y se aguantara, pues al cabo eran mujeres y eso significaba estar entre la bola, pero Francisca no se iba a conformar, Dolores al verla tan resuelta le dio un té que dizque servía para no engendrar criaturas y también le dio otro consejo.

Unos días después, mientras cruzaban un pequeño río y unos se refrescaban y daban de tomar a los caballos; Francisca Tapia fue hacia su agresor, le hizo la finta del coqueteo para llevarlo lejos del campamento y una vez que lo tuvo cerca, le clavó el cuchillo en la panza, una, dos, tres, todas las veces que su alma necesito descargarse el coraje y el dolor. Limpió la sangre, le quitó las armas y la ropa, y movió lo más que pudo el cuerpo hacia unos arbustos para ocultarlo.

Ya no saldría con esa tropa, ahora andaría por su cuenta, pero ya no como Francisca Tapia; había descubierto que esta era guerra de hombres y si quería sobrevivir a ella, debía ser uno. Así que ahora “Pancho” se iría por el monte, como pudo se macheteó el cabello, ajustó su pecho con su rebozo gris y se vistió con las ropas menos manchadas del que mató. Una vez más se hallaba sola y por su cuenta, pero ahora se sentía tan fuerte, tan valiente, muy diferente a la mujer que salió del pueblito de Cihuapil.

Como acto de piedad, decidió dar santa sepultura al cadáver de Juan Librado. Unos hombres que pasaban cerca le vieron y le ayudaron, después de cavar un hoyo, ponerle una cruz improvisada con dos ramitas y decir una plegaria, se retiraron; los hombres le invitaron a beber con ellos y así fue como el recién nombrado Pancho Tapia pasó su primera noche.

Una vez que se fue por su cuenta y sola, se le ocurrió ir a una cantina, no estaba segura si aun habría mezcal o tequila en algún lugar, pero ella tenía ganas de brindar. Ya no le importaba si encontraba o no a su viejo, sabía que había hombres buenos como el capitán Aguirre y hombres malos como Juan Librado. Llegando al pueblo más cercano se hizo de amistades con un par de mujeres que, en primera instancia, le habían ofrecido cariño, pero ella al explicarles su situación se habían unido a su causa de andar libres y armadas sin dependencia de los hombres. Así que astutas como solo ellas, engañaron a un par de rancheros que se creían muy gallitos, les robaron las armas y los caballos, y se fueron las tres a buscar a la bola. La revolución apenas estaba iniciando.

En unos meses ya habían recorrido media república entre esos viajes. Pancho Tapia y su ejército se encontraron a la comitiva del capitán Aguirre, pero ya no era de Lorenzo, ahora Luz de Mendoza estaba a cargo, pues el capitán se había quedado en la última batalla. Muchos no la siguieron por ser ella tan joven y mujer; sin embargo, los más leales y los que habían compartido armas con ella no dudaron en servir a la causa tras la nueva capitana. Pancho Tapia se sintió feliz de ver a Luz y a Dolores, que no la reconocieron al inicio, pero después de verse bien de frente, decidieron unir fuerzas; después de todo, por lo que luchaban era más grande que todos ellos.

Pancho Tapia cabalgaba sobre su fiel amigo azabache, cuando se escucharon los cañones y todos sintieron la tierra temblar. La capitana Luz de Mendoza dio la orden de inmediato y ya estaban en formación todos sus hombres para lo que se venía. “Pues que chinguen a su madre los cabrones”, era el grito en la batalla; llovían balas, la tierra hacía humareda

por donde quiera, los caballos corrían sin control, al igual que sus jinetes. Los generales y la capitana se aventaban junto a sus hombres y soldaderas en contra de los pelones, ese ejército no hacía distinción de quién atacaba o a quién mataba, como la mismísima muerte que se paseaba entre todos los soldados, sin embargo, la Parca ya tenía puesto el ojo en una persona, bastó una bala para que el cuerpo se desplomara mientras el gris se teñía de rojo bajo el uniforme de revolucionario.

“Señores, la guerra ha terminado, vayan a sus casas, tomen las tierras y a sus mujeres, y hagan hijos para trabajarlas y repoblar la patria”, fue el decreto final después de todos los años de batallas. Muchos años después se estudiaría este movimiento en los libros; se harían corridos, películas, incluso harían festivales en las escuelas donde se venderían antojitos mexicanos y aguas frescas de sabores, pero la gente no sabría de verdad lo que se vivió en esa época; sin embargo, eso ya no le importaba a Francisca Tapia, quien ahora paseaba con su cabello sujeto en dos largas trenzas y vestida con su rebozo gris, siguiendo a la Huesuda rumbo a la siguiente vida.

Mr. Pulp presenta:

"SU GUERRA"

crees ser guerrero,
pero no es tu guerra.
tú peelas por un
dios que promete,
el de ellos: da ganancia.



tu pueblo trabaja para vivir,
ellos juzgan que tu familia
vive para servirles.



Tú peelas
por la patria,
su patria es de
dónde sacan ingresos.

Sus guerras no son tuyas,
así como tu vida no les pertenece



a menos que tú se la entregues

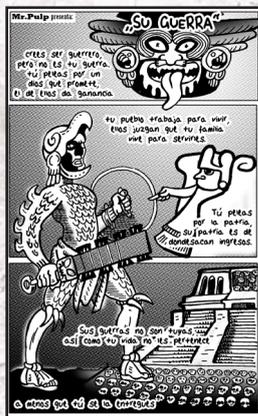
ÍNDICE

De imágenes



Pugna interna
Bastian Jared Ramos Delgado

21



Su guerra
Omar Sandoval (MrPulp)

46



Pequeños heroes, pequeños sobrevivientes
Alessa Piña Garcia

6



Oso
Anónimo

36



¡Síguenos en nuestras redes sociales
para conocer la próxima convocatoria!



INSTAGRAM
@revistapirocromo



TIKTOK
@revistapirocromo



FACEBOOK
@pirocromo